

## ORACIÓN

Por tu bondad, Señor y Hermano Jesús:  
Concédenos escuchar tu Palabra con el corazón abierto y con nuestro ser entero orientado a Ti.  
Haz que nos sea:  
- luz en el caminar de nuestra vida,  
- fortaleza en la lucha diaria,  
- nuestro gozo en los sinsabores de nuestra existencia. AMEN.

## TEXTO

### LUCAS 1,1-4

«<sup>1</sup>Puesto que **muchos** intentaron reproducir *un relato* acerca de los **hechos cumplidos** entre nosotros, <sup>2</sup>como nos transmitieron los que, desde el comienzo, fueron **testigos oculares y servidores de la palabra**, <sup>3</sup>me pareció bien, también a mí, tras haberme informado minuciosamente de todo a partir de los orígenes, escribir con cuidado para ti, ilustre Teófilo, <sup>4</sup>para que reconozcas la solidez de las palabras con que te has instruido».

## COMENTARIO

- Lucas es el único evangelista que recurre a un prólogo para indicar las circunstancias, la finalidad y el método de trabajo. Sigue el ejemplo de la literatura griega intentando así elevar la calidad literaria de la tradición cristiana. El prólogo está constituido por una sola frase. Comienza con dos oraciones subordinadas (vv. 1 y 2) y en tercer lugar viene la oración principal, solemne, donde el autor se presenta («me pareció») y al mismo tiempo sigue anónimo (v. 3); luego, como conclusión, la oración final («para que»), que comprende una corta subordinada relativa (v. 4). Está claro que esto es el resultado de una construcción buscada y que ningún otro autor del NT ha tomado la pluma con tanta solemnidad. Tanto la construcción como el vocabulario presentan semejanzas con los prólogos de otras obras históricas o científicas de la antigüedad. Por poner un ejemplo de prólogo, he aquí el de Dioscórides, médico de la época helenística (siglo I d.C.): «Aunque han aparecido, no solo en los tiempos antiguos, sino también en nuestros tiempos, muchos tratados sobre la confección de medicamentos, sus efectos y su control, voy a intentar, ilustrísimo Areios, darte una enseñanza sobre esta materia. Mi proyecto no es ni inútil ni irracional, ya que mis predecesores o no acabaron su tarea, o se contentaron con copiar informaciones orales».
- V. 1: Todos los que se ponen a escribir conocen la dificultad que supone suscitar y colmar las expectativas del lector. Por eso es importante cuidar especialmente la forma de empezar. Lucas parte del recuerdo de sus predecesores cristianos (v. 1), pero para oponerse inmediatamente a ellos por su manera misma de proceder. Según la costumbre, Lucas empieza mencionando la obra de sus predecesores con el énfasis requerido («muchos, numerosos»). Aparte de los autores del evangelio de Marcos y de Q, no son «muchos» los autores que habían relatado la historia de Jesús y de los apóstoles. A los «muchos» predecesores que lo han intentado, literalmente «puesto manos a la obra», sucede Lucas («también yo»), pero considera que su obra *está documentada más sólidamente* y que, por tanto, es mejor que la de los otros.  
Esos numerosos autores querían «componer un relato». *Diégesis* designa un relato, oral o escrito, que supera en longitud a la *chreía* («sentencia» o «breve historia»), que sirve para encadenar los acontecimientos. Este término puede designar también un relato histórico. El verbo que traducimos por

*componer* significa «alinear», y en sentido amplio, «reproducir por orden», «seguir el hilo de los acontecimientos», «contar un relato». Si Lucas se sirve de este verbo, insólito hablando de un trabajo literario, podemos concluir que sus predecesores reprodujeron un relato quizás oral, consignándolo por escrito.

Lucas no habría hecho el esfuerzo de redactar un nuevo libro si hubiera estado realmente satisfecho del trabajo de sus predecesores. Pero su crítica es discreta y totalmente implícita; no aparece más que en contraste con su propio propósito. 1) Entonces los predecesores no siempre se preocuparon de remontarse a los orígenes («remontándose hacia arriba», v. 3): ni Marcos ni Q comienzan por el nacimiento de Jesús. 2) Y no llegaron suficientemente lejos: tanto Marcos como Q ignoran los acontecimientos que desencadenó la resurrección. 3) Además, su trabajo carece de precisión («minuciosamente», v. 3). 4) No han cuidado mucho el trabajo de redacción y de composición («en orden», v. 3). 5) Finalmente, su estilo y sus procedimientos de escritura no se ajustan a las reglas del arte de escribir.

Con «los acontecimientos que se han cumplido entre nosotros», Lucas designa el contenido tanto de las obras precedentes como de su propia obra. Por tanto, no tenemos que esperar ni una monografía científica, ni un tratado doctrinal, sino *un relato de acontecimientos*. *Pragma* cubre un amplio abanico de significados: «acción», «acto», «asunto». Aquí, el plural es probablemente el equivalente griego del concepto semítico de *d<sup>e</sup>bârîm*, «palabras-hechos» de Dios (Hch 5,32), los acontecimientos de la historia de la salvación tal como Lucas los concibe: en donde Dios, por su palabra o por el mensaje de sus enviados, actúa con los seres humanos.

«Cumplir», «acabar» es en el original griego un verbo complicado y poco usual, y con él Lucas intenta hacer resonar *una connotación religiosa*: los acontecimientos no «tuvieron lugar» simplemente, sino que se «cumplieron», constituyen un cumplimiento, son lo que Dios quiso que fueran. Si el término profano *pragma* puede abarcar la vida, la muerte y la resurrección del Mesías, el verbo *pleroforeo* («cumplir») puede muy bien referirse a la armonía que existe entre las promesas de la Escritura y la historia en que se realizaron.

V. 2: El v. 2, centrado en la transmisión del relato, implica una conciencia precisa de la historia. Lucas pertenece a una generación en la que la memoria está ya canalizada y legitimada por *una tradición*. Su transmisión se confió a un grupo de mayor peso que los «muchos» autores: a los que fueron desde el principio *los testigos oculares y servidores de la Palabra*. El verbo «transmitir» (el maestro transmite el saber a sus alumnos; los padres transmiten su memoria a la generación siguiente) está profundamente arraigado tanto entre los griegos como entre los judíos, y, en tiempos de Lucas, el verbo está ya en uso en la Iglesia. Pablo habla de la transmisión de las tradiciones litúrgicas, kerigmáticas y éticas; las epístolas pastorales hacen otro tanto. En Lucas, por primera vez, es toda la historia de Jesús la que es objeto de transmisión. Lo mismo que en el v. 1 evocó la historia de la salvación sin mencionar a Dios y a Cristo, en el v. 2 Lucas recuerda a los apóstoles y a los testigos, sin mencionar sus títulos.

El *testimonio ocular* tenía una importancia considerable para la historiografía antigua. Se decía que valía más haber visto que oído. Para la fe de Lucas, los testigos no simplemente vieron los hechos, sino que también son testigos de la historia de la salvación de Dios. Son testigos no solamente de la resurrección de Jesús, como reivindica Pablo (1Cor 9,1; 15,3-9), sino de la vida entera de Jesús. Es todo un programa, como indica Hch 1,22-23. Que el testimonio empiece por el «principio» es propio de Lucas: se trata de colmar una laguna y de garantizar la certeza (v. 4).

Los testigos oculares son al mismo tiempo servidores de la Palabra. Designados por un solo y mismo artículo, son ciertamente los mismos, en dos funciones diferentes. Lo mismo que «testigo ocular», «servidor» es accesible al lector profano. Designa en su origen a un «remero de la flota», a un «hombre encargado de un servicio», a un «agente», a un «servidor». Lucas piensa en la responsabilidad de los apóstoles, obedientes a la Palabra y depositarios de la Palabra. *Logos* («palabra») tiene también un doble sentido: es tanto la palabra dirigida por Dios como el relato consagrado a la historia de la salvación y consignado en dos libros.

V. 3: El «yo» del autor es una novedad absoluta en la tradición de los materiales evangélicos. El autor habla con plena conciencia de sí mismo. El autor está orgulloso de haber tenido la feliz idea de escribir «para ti» este relato. Lucas, como los «muchos» autores, va a escribir. Lo único que ese «yo» nos dice del autor la intención con la que ha escrito su doble obra. Ha recogido los hechos desde el principio («habiéndome informado»). El verbo se refiere a los trabajos serios de preparación de un autor (Lucas, como verdadero investigador, ha consultado todas las fuentes disponibles); además, el mismo Lucas señala en el v. 2 la distancia existente entre los acontecimientos y «nosotros», a saber, la generación apostólica.

«Ilustre Teófilo»: El adjetivo, que significa también «excelente», «eminente», se encuentra en el NT en Hch 23,26; 24,3; 26,23, dirigido a personajes oficiales. Pero, por otra parte, este adjetivo se utiliza a veces en las dedicatorias de obras literarias, cuyos destinatarios no son necesariamente personajes oficiales. Su empleo en el v. 3, en una dedicatoria, no implica por tanto que Teófilo fuera un alto funcionario. Teófilo es un nombre frecuente; de origen griego, fue recogido por los judíos. Aparte la mención (discutida) en las *Recognitiones Pseudoclementinae*, según la cual vivía en Antioquía, no sabemos nada de él. Sin embargo, debe tratarse de un personaje histórico y no de un representante simbólico «de todos los amigos y amigos de Dios», como querían los Padres de la Iglesia.

V. 4: «Para que» introduce una proposición subordinada que expresa la finalidad del autor, que no es ni su propia gloria, ni la apología de un pueblo, ni el análisis del alma humana, sino un conocimiento («reconocer») para los lectores. Se trata de conocer exactamente; por tanto, un conocimiento o reconocimiento consciente, fundado, adquirido mediante un trabajo de pensamiento, más que exhaustivo. *Asphaleia* significa la «solidez», la «firmeza», y en sentido figurado, la «seguridad» que se puede tener en lo que se ha aprendido. Se encuentra este término en las obras históricas, en el lenguaje de los tribunales y de la política para expresar la confianza que se puede tener en una información, en una fuente, en un documento o en un dato. La palabra «solidez» está subrayada intencionalmente al haberse puesto al final de la frase.

En un prólogo en el que declara abiertamente sus intenciones literarias, históricas e ideológicas, Lucas informa al mismo tiempo de la distancia que lo separa de los acontecimientos y de su autonomía en cuanto autor. Mientras saluda y reconoce en su debido valor el papel de los testigos oculares en la transmisión, Lucas se distancia de los primeros redactores. Está entre ellos, pero espera hacer algo más y mejor que ellos. Los acontecimientos que forman el contenido de su obra son de dos órdenes: las obras de Dios en Jesús y el testimonio de los apóstoles pertenecen tanto a la historia propiamente dicha como a la historia de la salvación. Atañen tan de cerca a los cristianos contemporáneos, que Lucas puede afirmar con toda razón que esos acontecimientos tuvieron lugar «entre nosotros». El autor quiere situarse entre los «muchos» autores, pero pretende añadir al celo kerigmático de sus predecesores la seriedad de un trabajo de escritor y de historiador. Los acontecimientos, por consiguiente, pertenecen a la vez a la historia (*prágmata*, «los hechos») y a la salvación (*peplerophoremena*, «cumplidos», v. 1). Los apóstoles son a la vez testigos oculares y testigos de la verdad (v. 2), así el conocimiento acompaña a la fe y el trabajo historiográfico apoya la tradición kerigmática de la Iglesia. De esta manera, los lectores que solo conocen la verdad parcial o deformada podrán saber exactamente lo que ocurrió históricamente y, además, su significado existencial. Lucas se muestra ciertamente modesto, si se le compara con Juan, el vidente de Patmos, que aporta una revelación nueva. Pero tiene también unas pretensiones muy altas: el orden de los hechos, la información digna de confianza, la preocupación artística, la interpretación teológica de los hechos. Porque la conciencia de la distancia respecto al pasado va acompañada en él de la seguridad de que la Iglesia de hoy, los testigos oculares y la revelación misma, *forman un todo*.